



LA NIEBLA

Por
Ricardo Valenzuela

Desde hacía rato se oía en la goleta la sirena del barco que se aproximaba en la niebla.

El mar estaba tranquilo, lechoso, gris.

A proa habían apostado un vijía. Cada dos minutos, el hombre hacía sonar el cuerno. Los toques indicaban que la goleta se hallaba inmóvil, al paio.

El patrón permanecía junto a la rueda de gobierno, en silencio.

Escudriñaba la bruma, arrugando los ojos, cuyos párpados parecían tan viejos como las nueces. . . Pasaba de un extremo a otro de la boca un cigarrillo sin lumbre, húmedo, pegado a la punta de la lengua quizá cuantas horas.

Se oía otra vez el pitazo del vapor que avanzaba en la bruma... Tal vez un carguero en cuyos costados chorreaba la humedad de la atmósfera.

A bordo de la goleta crujía el timón, el aparejo, los palos... Se esparcía un rumor de goznes... de puerta que han dejado abierta y bandea.

Nadie hablaba.

El contramaestre se había apoyado en la borda con su lienza de pesca sumergida en el agua. Llevaba puesta una tricota azul, desteñida, y una gorra con vicera, algo ladeada.

A su lado pescaba también otro hombre, cuyo rasgo sobresaliente eran las cejas tupidas, hirsutas, como si todos los días le crecieran un poco para proteger sus fatigados ojos del sol. Ninguno era pescador de oficio. Pescaban para matar el tiempo...

Como se hallaban cerca de la entrada del puerto, donde el tráfico es intenso, el patrón había resuelto ponerse al paio, hasta que aclarara el tiempo.



Ahora, la distancia entre el vapor y la goleta debía ser mucho más corta.

Cada vez que sonaba la sirena del carguero, la vibración de las ondas alcanzaba hasta la goleta y estremecía un vidrio suelto en la cabina de mando.

A ratos soplabla una ligera brisa del oeste que empujaba el manto de niebla. Se abría un boquete entre las nubes y se desparramaba sobre el mar un poco de sol pálido. El agua brillaba entonces unos instantes con fulgores de plata hasta que, poco a poco, nuevas masas de nubes bajas lo envolvían todo, como antes.

Los hombres continuaban pescando.

El cocinero se hallaba también entre los pescadores. Una débil columna de humo se alzaba desde el cubichete donde tenía encendido el fogón. Se apoyó en un obenque y se puso a contemplar la bruma, con un gran cuchillo al cinto.



El vapor ya estaba encima.

Seguía emitiendo un sonido prolongado cada dos minutos. Se oía perfectamente el rumor de sus máquinas, el voltear de la hélice, el suave desplazamiento de la roda abriéndose paso en el agua aceitosa y pesada.

El vigía hizo mas frecuentes los avisos del cuerno.

Poco a poco se insinuó la mancha del carguero. Primeramente, algo difuso. Luego una sombra intensa... Por último los contornos de la proa, la obra muerta, los mástiles, la chimenea con dos franjas coloradas y las iniciales de los armadores. Algunas luces brillaban a bordo.

Pasó junto a la goleta haciendo sonar la sirena: un trueno que estremeció todos los vidrios de la cabina de mando.

"¡Atentooos!" —gritó el patrón con voz larga, sin moverse de su puesto en la rueda.

Las olas eran flojas y extensas, como sábanas.

Todos tenían los ojos fijos en el monstruo que surgía de la bruma atronando, negro, empapado, reluciente.



En el puente de la goleta reinaba absoluto silencio. El contra maestre recogió apresuradamente su lienza sin ningún pescado. Otro tanto hicieron los demás.

Sigilosamente, uno a uno los tripulantes fueron allegándose a la banda de babor. Allí se alinearon, las manos apoyadas en la baranda y el busto inclinado hacia afuera para explorar el agua.

El vapor era otra vez una mancha difusa que se alejaba. Pronto desapareció del todo.

"¡Atentooos!" —repitió la voz del patrón, monótona, imperturbable.

Estiraba el pescuezo... hacía girar la rueda de gobierno para colocarse en la estela del buque que acababa de penetrar en la niebla, cada vez más espesa.

La goleta avanzaba muy despacio a impulso de su vetusta máquina.

A bordo no respiraban.

El vigía dio aviso:

"¡Por babor!"

Dos hombres emergieron de la escotilla con bicheros.

"¡Por babor, rápido!"

Por ahí apareció flotando una gran bolsa de goma. Podía confundírsele con el vientre de algún enorme lobo muerto.

"¡Paraaa!" —ordenó el patrón .

En el acto dejó de funcionar la máquina. Se oyó entonces nada mas que el rumor de la roda, cortando el agua a impulsos de la viada.

El maquinista asomó la cabeza para observar la maniobra de cubierta. Era un hombre viejo, de cutis lustroso y largos bigotes negros y lacios, tocado con una gorra azul de mezcilla, llena de grasa.

"¡Icenla!" —ordenó el patrón.

El Contramaestre ya se había descolgado por la borda. Apoyó los pies en el verduguete de madera y logró amarrar la bolsa con un grueso cabo.

La bolsa de goma fue puesta en cubierta. Parecía el cadáver inflado de quizá que extraño habitante del mar . . . El cocinero se acercó sin prisa y la abrió cuidadosamente con el cuchillo que llevaba en el cinto.

“¿Conforme?” —inquirió el patrón sin abandonar su puesto.

“Conforme” —respondió el cocinero, restregándose la humedad de la nariz con el dorso de la mano derecha con la cual aun empuñaba el cuchillo.

El Contramaestre y otros recogieron el contenido de la bolsa y lo bajaron con precauciones a la bodega.

El patrón entregó a otro la rueda de gobierno y se apoyó en la mesa de la cabina, mirando atentamente a través de los vidrios, que limpió con un trapo.

“¡Despacio! ¡A la bahía!” —ordenó.

“¡A la bahía! ¡Despacio!” —repitió el timonel, como un eco.



De pronto se oyó el rumor de otra embarcación, casi encima.

Aguzaron la vista.

Una pequeña sombra gris cortaba velozmente el agua. . . Dio una vuelta alrededor de la goleta levantando montones de espuma.

“¡Alto!” —ordenó una voz ampliada por el megáfono.

El viraje cerrado de la lancha que le cortaba el paso, causó un vivo oleaje que meció a la goleta.

En la cabina de mando el patrón y el timonel se miraron. El viejo hizo chasquear la lengua y escupió lejos el cigarrillo apagado que aún pendía de sus labios.

“Desentendámonos” —sugirió el timonel en voz baja. —“La niebla puede ayudarnos todavía”.

El viejo lo miró de soslayo.

“No. Ya nos calaron” —repuso —“Lo raro es que no se de donde han surgido. . .”.

Iba a dar la orden de detenerse a la máquina, cuando una ráfaga de ametralladora levantó una cantidad de pequeños surtidores delante de la proa.

“¡Paral!” —gritó el viejo por el tubo acústico. —“La coipa (*) está encima de nosotros”.

Hizo un gesto amargo, de desilusión, y ordenó al timonel flojamente: —“Ponte al paio. Ahora van a abordarnos”.

Los hombres comenzaron a aparecer mansamente en la cubierta de la goleta.

Se estaba levantando la niebla.

(*) La lancha de la Policía Marítima, en el antiguo argot de la bahía de Valparaíso.